

## “Lo desconocido”

Querida Ángela:

Todavía me parece estar viviendo los acontecimientos de ese fin de semana. Nunca olvidaré aquella mañana de verano, en 1978. Santiago, mi esposo, llevaba seis meses enseñándome a nadar y, finalmente, aceptó llevarme en uno de sus viajes de pesca. De más está decirte que estaba emocionadísima. Así pues, acomodamos todo el equipo en la pequeña embarcación: las cañas de pescar, la carnada, los tanques de buceo, el arpón, en fin, todo lucía en perfecto orden. Entonces, salimos con el alba en nuestro bote, Coral.

El mar, por su parte estaba aún dormido, lo que le permitía manifestar cierta transparencia embriagadora. Desde el bote se podían ver algunos corales color café moviéndose, como pequeñas manitas deseando atrapar un pez. También se podían ver enormes rocas en el fondo, simulando montañas relajadas en las frescas aguas caribeñas. ¡Qué espectáculo Ángela, qué espectáculo! Después de navegar por espacio de una hora llegamos al lugar perfecto. Era un arrecife sumamente hermoso. Tenía alrededor de cincuenta pies de profundidad y cientos de cuevas de todos tamaños, que terminaban en un acantilado. Entonces, me preparé para mi primera experiencia con el mar. Recordé todas las instrucciones que Santiago solía repetir reiteradamente: “Ponte el equipo así; no olvides el salvavidas. Haz tal o cual cosa”. En resumen, hice todo lo que él me había enseñado, al menos eso creí en esos momentos. En verdad estaba muy nerviosa, pero, por fin, entré en aquellas aguas. En esos instantes me sentí transformada. Experimenté una sensación indescriptible, una paz interior se apoderó de mí y, paulatinamente, advertí una gran confianza. Y me dije: “Tú puedes Graciela. Todo lo que te has perdido por ser tan miedosa ahora lo puedes disfrutar a plenitud”.

Así pues, comencé a gozar de aquella visión preciosa, más aún, relajante. Lo primero que captó mi atención fueron los corales. Sus formas simulaban abanicos orientales, grandes y pequeños con variados tonos de amarillo, anaranjado, azul, verde y marrón; y sus movimientos semejaban una danza de embrujo. Para complementar aquel cuadro embriagador, comenzaron a desfilar una serie de peces cautivadores. Recuerdo la impresión que me causó una enorme manta de color grisáceo. Tenía una cola muy larga y al final un agujón.

Luego, hizo su aparición un pez trompeta. Su frágil cuerpecito amarillo, al pasar frente a mí, parecía interpretar una pieza musical. Por último, toda una escuela de pequeños pececillos azules con rayitas amarillas me envolvió, como si fuera una nube que cubre momentáneamente al sol. Iban tan de prisa a esconderse entre las rocas y en las cuevas que parecían jugar como niños traviosos.

Súbitamente me encontré cara a cara con un enorme pez de aspecto muy desagradable; éste perseguía a los pequeños pececillos. Tenía forma de cigarro y un color plateado que lucía opaco. Medía, tal vez, cinco pies y pesaba entre cuarenta y cincuenta libras. Estos detalles lo hacían parecer aún más tenebroso. Por unos momentos nuestras miradas se entrelazaron. Entonces pude notar sus pupilas negras, brillantes y dilatadas posadas en mí. También, percibí que movía su mandíbula lentamente, mostrándome unos dientes excesivamente afilados. Todo aquello era tan impactante que casi podía sentir su mordida desgarrando mis carnes.

Pero eso no fue todo, el malévolo animal nadaba en círculos a mi alrededor acortando la distancia que nos separaba. De repente reaccioné, levanté la cabeza del agua y grité con todas mis fuerzas, —Santiago. —Pero nadie contestó. Busqué desesperada a mi esposo, pero él se encontraba a unos cien pies de mí. Todo era mi culpa, me había envuelto tanto con toda aquella belleza que me había alejado de Santiago. Con presteza hundí la cabeza, localicé al monstruo y volvió a estremecerme el terror. Esta vez su mirada fue muy reveladora, supe que iba a atacarme. Aterrorizada, lancé un agudo grito. Por fortuna, en esta ocasión Santiago sí pudo oírme y quejumbrosa gemí: —Santiago hay un pez enorme que da vueltas a mi alrededor, ven pronto. —Lamentablemente, su respuesta no fue alentadora. Sólo contestó: —No te preocupes, ésta es tu primera experiencia en el mar y todo te va a parecer grande. Ya aprenderás con el tiempo.

Volví a localizar al voraz animal y el pánico me llevó al punto máximo. Levanté la cabeza del agua y descontrolada se lo describí. No había bien terminado de hablar cuando Santiago con clamor gritó: —¡Nada hacia el bote, nada lo más rápido que puedas! —Traté de seguir sus indicaciones, pero el terror me paralizó. Hice un esfuerzo sobrenatural, localicé el bote, el cual se encontraba a unos cincuenta pies de distancia, y comencé a nadar lo más rápido que pude. Sin embargo, un punzante dolor en el pecho me lo impidió. No podía respirar.

Mientras tanto, Santiago se acercaba y con gran habilidad y experiencia cargó el arpón y le disparó al colosal animal. Para nuestro asombro él no se asustó y continuó persiguiendo ahora a sus dos

presas. Yo no pude más y comencé a hundirme. Afortunadamente, Santiago me tomó del brazo y comenzó a nadar hacia el bote. Cuando por fin llegamos al bote, desesperado por la persecución, Santiago me empujó dentro del mismo con tan mala suerte que me golpeé fuertemente la pierna izquierda con uno de los remos. Mas nada importaba, estábamos a salvo, lo habíamos logrado. Por su parte, el pez no se dio por vencido tan rápidamente y continuó dándole vueltas al bote por varios segundos, los que a mi parecer fueron siglos.

Rendida, frustrada y a punto de desmayar comencé a llorar sin consuelo. De repente miré a mi esposo y capté cierta tristeza en su rostro. Fue entonces cuando me dijo: —Graciela es casi un milagro que estés viva. Ese pez era un barracuda, un animal vicioso, que ataca todo lo que se mueve de manera abrupta en el mar. Era un adulto, lo sé por su tamaño. Nunca imaginé que algo semejante te pudiera suceder en tu primera visita al mar. Si lo hubiera sospechado nunca te hubiera dejado sola. —No pude decirle nada, no podía hablar, pues nunca pensé que entre tanta belleza se encontrara una de las caras de la muerte.

Así fue como sucedió todo, mi querida Ángela. ¡Qué lástima que no te lo pude contar antes! ¡Qué lástima que ya sea demasiado tarde para ti! Ahora comprendo que, al igual que yo, deseaste conocer lo desconocido y confiaste excesivamente en la belleza que nos brinda la naturaleza. Por tal razón, hoy 25 de julio de 1978, dejo en tu tumba esta misiva para que el viento la lleve a otros que, como nosotras, gustan de la aventura, sin pensar en las caras que tiene la muerte. Siempre te recordaré.

Tu amiga,  
Graciela

*Miriam González Hernández*  
Departamento de Estudios Hispánicos  
Universidad de Puerto Rico  
Mayagüez, Puerto Rico 00681